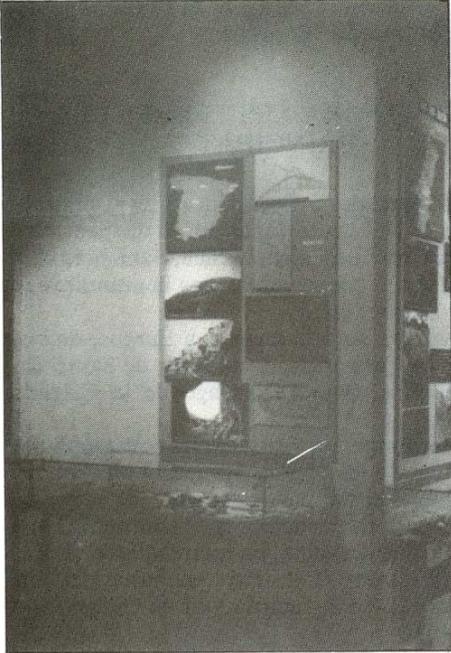


UN VIAJE A PARÍS O LA CONSAGRACIÓN DE DIEZ AÑOS



José M^a de Bedoya O'Neale

En diciembre de 1.981 la Asociación Arqueológica de Gerona recibió una carta procedente de París, lo que no suele ser infrecuente. Una vez abierto el sobre contenía varias invitaciones cuyo texto era el siguiente:

Monsieur François MITTERRAND
President de la République
inaugurera l'Exposition
LES PREMIERS HABITANTS DE L'EUROPE
le mardi 8 Décembre 1981 à 11 heures...

A pesar de la ilusión y la sorpresa que nos causó, nos resultó imposible la asistencia a la inauguración oficial. Y es que no hay que olvidar que la Asociación la componen, fundamentalmente, gente que trabaja; gente que trabaja en la arqueología y fuera de ella y que no puede disponer alegremente de su tiempo, sin planteamiento previo, o sin permiso de la autoridad. Pero se imponía un plan de asistencia al acto, ya que no cabía olvidar que el mismo era, sin duda alguna, el más importante reconocimiento de cuantos, hasta ahora, han dado soporte y apoyo a la labor de búsqueda y recolección incesante de piezas y datos y al trabajo de análisis y estudio, paciente y continuo, de los hallazgos encontrados sobre la piel de las comarcas de Gerona durante más de diez años.

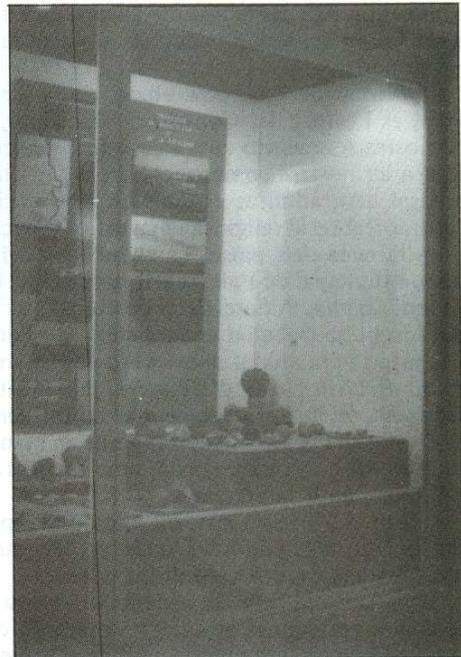
¡Diez años ya! Y parece que fué ayer cuando



Vista parcial del «Palais Chailot» a París, sede del Museo del Hombre.

Exposición de materiales y documentación del «Cau del Duc» en Torroella de Montgrí (Baix Empordà)

Materiales expuestos de las estaciones del Puig d'En Roca (Gironés) i de La Selva.



junto con los Doctores —cada uno en su especialidad y los dos en la vocación— José Corominas Planellas y Miquel Oliva Prat, trágicamente desaparecido en accidente (e.p.d.), y alrededor de lo que resultó ser el yacimiento de «La Arbreda», nació, casi por generación espontánea, la Asociación Arqueológica de la Provincia de Gerona.

Cuantos y cuantos recuerdos desde entonces. La legalización de la institución y la confección de los Estatutos, la captación de socios, la primera Junta General, podríamos decir Constituyente, con la elección de la Primera Junta Directiva, las excursiones, quizás debiera decir peregrinaciones, a los yacimientos conocidos primero y las prospecciones en el campo a lo que serían más de 80 yacimientos detectados, después. La labor organizadora de exposiciones, como la primera, con motivo del IX Congreso Internacional de Prehistoria y Protohistoria de 1.976, celebrado en Niza y clausurado, prácticamente, en Gerona por razón de la Exposición presentada en la Fontana d'Or y que dió origen al primer libro: «El Paleolítico a les Comarques Gironines», nacido con vocación de catálogo de la exposición y que poco a poco se convirtió en un tomo de 190 páginas, con el que hicimos retroceder la prehistoria en Catalunya en más de un millón de años, a contrapelo de las ideas consagradas hasta el momento, y que acabó como exposición en Barcelona en la Biblioteca de Cataluña, patrocinada por el Museo Arqueológico de Barcelona. O las menos ambiciosas, como la celebrada en Lloret de Mar, o en los stands de las Ferias de San Narciso en Gerona, o la que se hizo bajo el patrocinio de «La Caixa a les escoles de divulgación infantil. El Boletín de la Asociación, medio de confraternización, de conocimientos y divulgaciones. Los cursillos de prehistoria, arqueología y arte, dados por profesores como el Dr. Beltran, el Dr. Ripoll, el Dr. Maluquer, etc. o por aficionados, o aquel que se hizo con películas recogidas de aquí y de allá, y los dados de la provincia, como el de Llagostera, etc. sin olvidar las otras publicaciones, colaboraciones en otras revistas, asistencias y ponencias a juntas y reuniones, excavaciones como «La Arbreda» o el «Puig d'En Roca», experiencias inolvidables como las excursiones por España y Francia y el espaldarazo de tantos hombres de ciencia, deslumbrados por los resultados obtenidos con tan escasos medios humanos y materiales, por un puñado de aficionados, no siempre bien comprendidos, pero siempre con fe, con dedicación y rigor en el trabajo emprendido.

También vienen a mi imaginación los antecedentes próximos de esta magna exposición de París: el trabajo previo de elección e inventario de las piezas, la confección de la documentación necesaria, el papeleo de la exposición del material y la relativa incompreensión de las autoridades para esta labor desarrollada no solo en favor nuestro, sino de todo el país, como aportación a la cultura más antigua de Europa. Debemos aquí agradecer las aportaciones de los Museos de Torroella de Montgrí y Sant Feliu de Guixols.

Pero ya es hora de seguir adelante y parar los caballos de la imaginación y el recuerdo. Había que asistir y se organizó una excursión a París.

Salimos de Gerona el día de las elecciones generales, el 28-O. La verdad es que los gobiernos no

cuentan con nadie y menos con las asociaciones de aficionados a la arqueología a la hora de decidir cuando quieren una votación y como nosotros ya teníamos programado la excursión, hubo que despabilarse y retrasar la hora de salida para poder ejercer el derecho y el deber de votar, como corresponde a los buenos ciudadanos que pretendemos ser.

El autocar, libre de posibles remordimientos por dicha causa política, voló por las autopistas españolas primero y por las autorrutas francesas después rumbo a la capital de Francia, haciéndose ver el contraste entre el paisaje agreste del Pirineo y las suaves y grandes llanuras francesas que han permitido un más fácil transporte y trasiego de cultura y fuerzas cohesivas dentro del vecino país.

El viaje, largo, con las paradas absolutamente indispensables, se hizo relativamente corto en alas de la ilusión de llegar. No obstante la primera impresión de la «Ville Lumiere» por la noche, no nos causó un gran impacto. Tal vez todos estábamos un poco cansados del viaje y de tanta «route», o, quizás por aquello de los horarios europeos, llegamos demasiado tarde a París.

Por fin llegamos al hotel, reparto de habitaciones, conferencias con casa para tranquilizar a los que se quedaron, etc. etc.

El hotel no era gran cosa, pero pudimos dormir a pierna suelta hasta la mañana siguiente. Yo creo que nadie extrañó la cama esa noche y si alguno lo hizo no puedo dar fe de comentarios en ese sentido. Yo, al menos dormí como un turista.

A la mañana siguiente, después del desayuno, en plan autoservicio, la primera visita fué para el «Paladis de Chaillot», sede del Museo del Hombre, en la Plaza del Trocadero. A la puerta nos esperaba ya el profesor Henry de Lumley, con el director del mismo y su ayudante, dispuesto a enseñarnos la exposición. No se puede pedir más, éramos una visita importante.

El «Palais», o mejor dicho los dos «Palais», forman un imponente conjunto arquitectónico, unidos por una gran plaza que enmarca desde cierta altura, la Torre Eiffel, que para nuestra desgracia, había perdido, casi como nosotros, la cabeza, o sea gran parte de su aguja entre la niebla matinal. Pero no íbamos a quejarnos pues no se puede tener todo al mismo tiempo. Entramos en el Museo y en las salas dedicadas a la exposición, lo primero que llamaba la atención era una reproducción a tamaño natural de una cabaña de cazadores, paleolíticos, reconstruida sobre los resultados de la excavación de Terra Amata en Niza. Después se pasa una gran sala, y adosados a las paredes, permitiendo su visita de forma cronológica, estaban las piezas y los cráneos junto a fotografías de los yacimientos y reproducciones de los mismos, de los vestigios de los hombres más viejos de Europa; y allí, al principio de todo, junto a «Chilhac», estaba Gerona, es decir, estábamos nosotros, bueno, nosotros no, ¡claro! nosotros no podíamos ser los hombres más antiguos de España, pero estaban las piezas de Gerona, las del «Puig d'En Roca», las del «Cau del Duc» de Torroella, las de las terrazas fluviales del Ter, las de la Selva, junto a las francesas del Tec, Tet y Aglí. Impresionaba sentirse respaldado por los otros yacimientos de Europa y también de España, comprobar que las dudas habían sido despejadas por los estudiosos, a veces un poco «chauvinistas», de las otras naciones y que todo ello era el

premio a una labor realizada por simples aficionados, autofinanciados en su casi totalidad, autodidactas en una gran parte del conocimiento, autónomos en el planeamiento de la búsqueda, la clasificación y la exposición de los resultados y auténticos en la entrega, la seriedad y el trabajo.

Es ésta quizás la impresión más profunda de todo el viaje, con ser un viaje a una de las capitales del mundo de más prestigio, y la que más ha quedado grabada en mi memoria de provinciano, de casi payés de adopción de estas tierras gironinas, de llegar a una exposición colectiva de Europa y encontrar en los primeros escalones, los más antiguos, las piezas recogidas con fé y con dudas, con calor y frío, una a una, abandonadas desde hacía 10.000 siglos sobre las tierras de Gerona por manos inteligentes que las usaron para hacer posible que las recogieramos, hace días, y ahora las contemplamos consagradas por la ciencia oficial del mundo en vitrinas y junto a fotografías del Ampurdán, la Selva, el Gironés, junto a nombres tan nuestros como el «Puig d'En Roca», el «Cau del Duc», el «Castell de Brunyola». Es algo así como la consagración episcopal de S. Agustín cuando aún era seglar, o como una curación milagrosa para el curado, algo, creo, deslumbrante, inolvidable y magnífico.

Después de ver detalladamente la exposición con nombres, piezas, fotografías y reproducciones de la categoría de Atapuerca, Cova Negra, Torralba y Ambrona en España y Le Vallonnet, Abbeville, Saint Acheul, Mauer, Petralona, Tautavel, Terra Amata, Vertosoloz, Swanscombe, Sternheim, Lazaret, Fotchevade y Saccopastore, etc. que hacían aún más importantes nuestras aportaciones a la muestra, fuimos invitados por el ayudante del profesor De Lumley a visitar los recovecos internos del Palais Chaillot y en especial el Laboratorio de Prehistoria, donde pudimos apreciar las colecciones utilizadas para el estudio y puesta al día de los arqueólogos franceses, así como para la comparación de técnicas y resultados de las distintas culturas de talla de la piedra, con piezas originales de yacimientos franceses y africanos. Una visita realmente maravillosa.

Pero no sólo voy a hablaros de la exposición, también tengo que contaros algo del viaje, según el título, para que como cronista del mismo quede constancia para la posteridad que cuan lejos puede llegarse, casi sin proponérselo, pero sin dejar que el motor se pare.

Después de la mañana dedicada a la visita al Museo del Hombre, comimos, bastante bien por cierto, en un restaurante, situado en el corazón de París. Luego fuimos a rendir visita a los Inválidos, tumba de Napoleón y de la «Grandeur» francesa. Impresiona el mausoleo, pero impresiona también el edificio, y lo que representa imaginar la cantidad de heridos que debió albergar París y toda Francia, como consecuencia de las campañas, generalmente victoriosas, de Bonaparte, precio de aquellas victorias..., e impresionan también las otras obras del Corso, la legislativa, del Código que llevaba nombre, las obras públicas, el impulso del comercio etc. etc....; y por la noche, visita al Arco del Triunfo y los «Champs Elysées», iluminados. Aquí la ciudad Lumière ya era realmente un derroche de luz y de precios en las tiendas.

El segundo día, libre por la mañana, caímos en la tentación del turista, visitar las Galerías Lafayette, y pagar la novatada de perder un tiempo precioso para comprar unas chucherías que hay en todas partes. Comimos en el mismo restaurante que el día anterior y dimos una vuelta en autocar para conocer París, la Place de la Concordia, la Asamblea, la Opera, la Madeleine, etc. gran equivocación también que nos hizo llegar a «Notre Dame», tarde y sin luz para apreciar los vitrales y la excavación del subsuelo, y no ver en cambio el retablo, cubierto de plástico para protegerlo de las obras de restauración. En fin París, dijo el de Orange, bien vale una misa, y los que quisieron la oyeron en «Notre Dame», que es una Misa con mayúsculas. Después de cenar en el hotel, se organizó una visita nocturna a Montmartre, para ver el «Sacre Coeur» por fuera, iluminado y la bohemia de los pintores y retratistas ambulantes además de alguna galería de esas que nunca cierran y que tienen su encanto.

El tercer día fuimos por la mañana a Versalles, también impresiona, sobre todo por sus dimensiones. Todo es grande, enorme, diría yo, salones y más salones, decorados con mármoles y frescos y lleno todo, hasta rebosar, de turistas de todas partes del Globo.

Para compensar, comimos en el pueblo en un restaurante pequeño y coquetón, también bastante bien y después volvimos escapados a París para ver, aunque fuera a la carrera y parcialmente, el «Louvre». Realmente emociona ver los originales que tantas veces has visto reproducidos, pero no se comprende como las visitas turísticas se organizan tan alcanzadas de tiempo. Hay que decir que antes pretendimos ver la «Tour Eiffel» y que prácticamente sólo la vimos desde abajo por estar en obras y por la niebla otra vez ¿Porqué será que las grandes ciudades siempre están en obras?

Por la noche estaba programado el paseo en el «Bateau Mouche», por bajo los puentes del Sena, siempre bajo la «N» de Napoleón. Resultó interesante, salvo a los que les tocó recibir los huevos podridos de una manifestación, no sé si antiturística o anti qué.

El cuarto día era el último. Estaba prevista la visita a Fontainebleau para encontrarnos de nuevo con el espectro de Bonaparte y allí fuimos. Fontainebleau es más humano por sus medidas que Versailles, y además conserva recuerdos de Francisco I; el prisionero de la Torre de los Lujanes y de otros reyes de Francia.

Los jardines también son enormes con su lago artificial, sus cisnes etc. Y después de la visita, de vuelta a casa, otra vez la autorruta larga, larga, más larga que a la ida, porqué ya llevábamos acumulado el cansancio de los días anteriores, que no era poco. Comida y cena por el camino y finalmente Gerona, la Gerona que habíamos redescubierto el primer día en el «Palais Chaillot», que nos aguardaba, como dándonos la bienvenida, las gracias y ofreciéndonos los secretos que aún guarda para el que quiera redescubrirlos. Una Gerona que dejamos centrista y que, como si durante nuestra ausencia se hubiera apuntado a la Revolución francesa, nos recibía socialista, y gracias a Dios sin gorro frigio, sino con su corona de principado como símbolo de estabilidad y sosiego.